Consideraciones eugénicas prácticas según la psicopatología del subconsciente

Por el Dr. ANGEL SUILS

Neurólogo. Psiquiatra (Madrid)

I. Higiene mental en los progenitores.
II. Higiene mental en el niño.
III. Hacia una moral postpsicoanalítica.

I

Señores:

En el momento de empezar nuestra humilde colaboración en estas Jornadas Eugénicas, es obligado hacer una previa aclaración que justifique nuestra situación en dichas Jornadas y que explique al mismo tiempo nuestro punto de vista en la elección de temas.

Es indudable que en las Jornadas Eugénicas que se están celebrando hay un punto de vista en los organizadores que yo juzgo muy conveniente para el resultado práctico de los trabajos. Me refiero a la amplitud de materias que se quieren desarrollar. Cada uno de los que intervenimos, apenas podremos hacer otra cosa que plantear las cuestiones correspondientes; pero al final de las Jornadas habrán quedado, tocados al menos, todos los temas, tan diferentes, que se relacionan con la Eugenesia. El que de ustedes vislumbre, al final de estos días, la extensión de relaciones de la Eugenesia, llevará en sí el resultado mejor de cuantos pueden apetecerse, esto es, la constante inquietud por el problema eugenésico y una norma individual con que tender a su solución.

Con este punto de vista está sobradamente justificado el deseo de la Comisión organizadora de que se trate la evidente relación entre las ideas eugénicas y las psicoanalíticas. Pero indudablemente que al recaer en una persona determinada la invitación para desarrollar estas relacio-

nes, la elección de temas y su extensión ha de gozar, como así se ha hecho, de una gran libertad para el criterio personal del orador. Usando de esa libertad, ¿cómo procurar conseguir el máximo rendimiento y útil de una exposición de relaciones entre Eugenesia y Psicoanálisis?

Si esta pregunta fuese resuelta en el sentido técnico en que está pensado este cursillo, la habríamos de contestar con una exposición de la metodología psicoanalítica. Los resultados de ésta serían, no sólo nulos para el fin de propaganda de este cursillo, sino que llegarían a ser también funestos. ¿Tiene alguna utilidad para los fines eugénicos que al hablar de Eugenesia y Tuberculosis se hable del modo de tratar ésta con un pneumotórax artificial, por ejemplo? Indudablemente, no. De igual manera nosotros no creemos indicado este lugar para hablar de técnicas psicoanalíticas; en nada llegaría a la esencia de la cuestión la explicación de la posición del psicoanalizado sobre la "chaise-longue" y de la importancia del biombo que impide que el psicoanalizado vea la cara del médico que le trata en toda la duración de su tratamiento.

Tal desarrollo sería además funesto porque llegaría a considerarse por algunos que me oyen como una invitación a la práctica de los métodos psicoanalíticos, con los peligros que tendrá esto para el que se sometiese a la experiencia, si ésta llegaba a ser medianamente realizada, o el peligro de hacer caer en el ridículo la opinión, ligeramente formada, de los métodos psicoanalíticos. Hay vulgarizaciones que ocasionan una natural reacción en contra de lo vulgarizado.

Pero, ahora bien; si no debemos ni queremos situarnos sobre el aspecto técnico de la cuestión, tenemos vivos deseos de plantear ésta en su punto de vista práctico. No técnica psicoanalítica, sino conocimientos prácticos derivados de las doctrinas psicológicas conseguidas por tales procedimientos. En este sentido no hablemos de métodos psicoanalíticos, sino de la nueva psicología obtenida por ellos: la psicología del subconsciente.

¿En qué parte de ésta descansan sus relaciones con la Eugenesia? La psicología del subconsciente que ha revolucionado la psicología clásica, mantiene trato constante con aquella incógnita parte de nuestro psiquismo a que vienen a reducirse todas las actividades psicológicas. En la psicología antigua, con diferentes nombres, venía a ser el "noli me tangere" de todas las cuestiones. Era fácil describir el mecanismo de las percepciones o de los actos de memoria, pero era imposible reconocer o tratar del eje de todas estas actividades, de la energía psíquica puesta en todas ellas de manifiesto. Esta energía o impulso llamada líbido por Freud y entendida por nosotros en el más amplio sentido indicado por Mooc Scheler, es la parte más importante que integra la psiquis y es preciso reconocerla como realidad psíquica incuestionable.

Las partes del psiquismo más trascendentes, como los instintos, son simples modos de expresión y de actualización del impulso libidinoso o impulso primario dicho en general. En una lucha entre la energía instintiva y las partes de la conciencia, o de la vida representativa últimamente añadidas a la psique, no se resolverá nada con negar la realidad de los impulsos buscando una represión o una satisfacción simbólica conscientes o subconscientes. Aquí, como al Dios y al César, hay que dar a cada una lo suyo: al instinto, lo que es del instinto, y a la vida psíquica superior que aparece posteriormente en el hombre, lo que es propio de ella. Lucha de instintos y de la personalidad superior; el eterno problema del psicoanálisis, ni se resuelve con la negación de aquéllos ni tampoco con su brutal satisfacción solamente, haciendo una higiene de lo psíquico añadido a los instintos para que nada se añada que les sea contrario a su vida de instintos, no hay vida posible.

Un filósofo contemporáneo pone en boca de un personaje de sus diálogos: "a veces sospecho que hablamos filosóficamente para justificar nuestros instintos". El interlocutor añade: "La filosofía no tiene, en verdad, por qué justificar nuestros instintos. Tampoco tiene que agostarlos. Conténtese con ordenarlos; o, si tanto no puede, con asistir a su desarrollo vestida de una lúcida dignidad".

* * *

La psicología del subconsciente o psicoanalítica enseña, palpablemente, los conflictos entre las disposiciones instintivas innatas y las modificaciones ideológicas éticas y culturales que le son añadidas por el hombre en un afán sublimizador en que pretende enmendar la plana a la Naturaleza. La consecuencia del conflicto es la neurosis. Esta, una vez presentada, constituye un problema de tratamiento para el médico psicoanalista; en cuanto puede preverse, es problema de la higiene mental, y en cuanto puede perjudicar de muy distintas formas la sana concepción de hijos sanos es problema de la Eugenesia.

En este sentido estamos abordando el problema de la higiene mental de los progenitores que deriva consecuencias eugénicas. Unas veces se producirían por una fijación del complejo de Edipo, defectuosamente resuelto en la infancia del enfermo, por una fijación afectiva que impide la posterior evolución del instinto sexual; todo esto nos ocupará el pró-

ximo día; por hoy, hablando de los progenitores, una vez verificada la evolución sexual, nos interesarán más los factores ambientes del medio ideológico en que se desenvuelven los instintos sexuales recién desarrollados.

Las condiciones de salud mental de los progenitores influyen poderosamente: 1.°, en el resultado de la concepción, constitución, herencia; 2.°, en la formación del ambiente psíquico y psicopático en que habrán de desenvolverse y desarrollarse los seres procreados, y 3.°, en perjudicar de tal modo la normal relación con el sexo contrario que dificulte e imposibilite la procreación.

La clínica psicopatológica nos da ejemplos de estas clases. El que padece una impotencia psíquica dentro de una perfecta constitución somática, tiene, además de su problema particular, la incapacidad de perpetuarse en vástagos tan sanos somáticamente como él. Otro enfermo, fuerte de cuerpo, por vivir en un ambiente de padres psicópatas con sobrevaloración de determinados sistemas ideológicos de estrecha moral, de supersticiones, etc., adquiere un sello temperamental que ha de modificar intensamente sus rasgos de carácter; quien pudo ser tan sano de alma como de cuerpo deviene abúlico y sensitivo, atento a sus cuidados de hipocondríaco y, posteriormente, al elegirse una compañera, se podrá ver en ella todas las taras orgánicas proporcionadas a la defectuosa evolución psíquica del hombre que somáticamente puede ser perfectamente sano. Casos de éstos a millares pasan por las clínicas y se ven en el mundo constantemente. Terminaré por citar un tipo de casos muy frecuentes también y que llegan al mismo resultado para la procreación a partir de un motivo psíquico y por un camino completamente diferente del anterior; me refiero al hombre de temperamento impulsivo, de fuertes tendencias sexuales que nunca, en su primera juventud, pudieron dirigirse a un fin determinado; recorrió todas las posibilidades de satisfacción sexual con cuantos miembros pudo del sexo contrario; este tipo faúnico vive constantemente en una inquietud sexual que no es la natural de un hombre de nuestra sociedad, sino que tiene hondas raíces temperamentales; pues bien, sorprende que a la larga estas personas con fama de donjuanes llegan al matrimonio sorprendiendo a sus amistades por haber elegido a una mujer corporalmente defectuosa o, por lo menos, muy diferente de las bellezas entre que vivió siempre. Es el destructor de honores y virginidades que con esta elección, en el ocaso de su vida sexual, asegura su honor en el sentido que nuestra sociedad entiende esta palabra. Por su tranquilidad sexual, cansancio más bien, llegan a ser buenos maridos, pero la unión de un psicópata "corrido" con la "mujer enfermera", de organismo pobre, suele dar frutos llenos de defectuosidades somáticas y psíquicas.

Valgan estos ejemplos por todos los casos en que la alteración de la salud mental influye poderosamente en el resultado de la concepción. Hoy, que nos dedicamos a esa salud mental de los progenitores, habremos de ocuparnos de los factores que más frecuentemente la alteran, ya que el próximo día habremos de hablar de las influencias que se ejercen en este desarrollo; por estas razones, quizá, podremos parecer olvidados del tema psicoanalítico, pero no se olvide que cuanto comentamos son las reflexiones de valor práctico despertadas por la nueva psicología psicoanalítica.

* * *

El impulso, en cuanto se ciñe al objeto sexual, es el instinto sexual, y este impulso busca satisfacer sus apetencias en la relación amorosa con el ser amado. ¿Qué fin tiene la relación ésta? No tiene solamente uno; para el caso que nos ocupa pueden asignársele dos. Naciendo del mismo fondo instintivo una vez se dirige al placer, es el amor como medio de placer; en las otras veces el amor se dirige o tiende a un fin vital de perpetuación de la especie.

Ambos fines no necesitan ser conscientes; no nos detengamos en analizar esto. Otras cuestiones nos interesan más; por ejemplo, ¿coexisten; pueden coexisistir en algunos casos, o es que se oponen terminantemente?

Para algunos, indudablemente, existe una verdadera oposición. Jiménez Asúa ha hablado de lo frecuente que es entre españoles la disociación entre el amor a la esposa y a la querida; para la primera, las obligaciones de la especie; para la segunda, todas las caricias y refinamientos de quien está ya un poco pervertido, desde el momento que necesita esta diferenciación; hace algunos años se sentía como una ofensa a la esposa el prodigarla caricias de "maîtresse". Era una maniobra subconsciente de sublimizar un amor que había vivido tan tirado y prodigado que pretende tranquilizar su insatisfacción moral con la invención de un amor puro e inhumano. Lo que el vulgo llama remordimientos descansa sobre la oposición entre el sentimiento del placer y del fin vital.

Merecería la pena saber dónde nace ese sentimiento de remordimiento que dirige y amarga los sexos de reciente madurez. En lo que respecta al individuo tiene una explicación natural en los sentimiento que acompañan al momento del orgasmo. En el momento, normalmente, más

culminante del placer, empieza la satisfacción del instinto; pero el individuo no suele sentir esa satisfacción; antes nota que lo que ha sido objeto codiciado se torna ahora carente de interés; la sensación de fatiga termina por desvalorar el objeto erótico hasta entonces codiciado. El sentimiento orgásmico no tendría gran trascendencia si no se le añadiesen consideraciones intelectuales de tipo ético-religioso, olvidadas en el fragor de la impulsión instintiva y que sólo en la paz posterior pueden considerarse de esa manera. En estos momentos, el yo moral de los psicoanalistas se marca su preponderancia sobre el "ello" sexual.

De aquí puede deducirse que el sentimiento orgásmico es poco en sí, si no viniesen esas ayudas de la parte moral. A esta parte vamos a asignarle un papel extraordinario nosotros. La necesidad moral tiene hondas raíces instintivas (el instinto moral con sus anomalías posibles y corrupciones). Las primeras manifestaciones en el desarrollo del pensamiento de la especie humana se encuentran en el mito "tabú", lo deseado y lo temido al mismo tiempo, lo que se adora como sagrado mientras se temen sus mandatos fatales. De las normas del pensamiento mágico primitivo para burlar el tabú nacen los sistemas morales. Sólo con estos ascendientes tan antiguos se puede ver la fuerza del sentimiento moral sin atribuirla a razones sobrenaturales. Porque tras la tormenta del instinto aparece la calma del orgasmo, piensan algunos en la eterna victoria del Bien sobre el Mal, cada uno con arreglo a sus creencias, pero también podían pensar en la omnipotencia de lo que ellos llaman el Mal, porque siempre, acto seguido, con arreglo al ritmo de lo orgánico, tras el Bien del orgasmo se presenta la nueva tormenta del instinto.

No es, pues, oposición lo que existe entre el placer y el fin vital de la procreación, y cuantos a lo largo de la historia han hablado de ello o caen en lo grotesco al ser juzgados en la actualidad o constituyen un anacronismo que es necesario extirpar, en bien de la higiene de las ideas y de los resultados eugenésicos. Recordemos los casos padecidos en los tiempos en que la Teología dictaba mandatos y eran preocupaciones de los teólogos el grosor de la camisa que debía vestir la mujer al efectuar el coito y las dimensiones del orificio, *único sitio por donde se había* de efectuar el mínimo contacto. Según estos teólogos, el placer no debía coexistir con el fin vital; pero no debemos detenernos en este punto; la experiencia de los siglos va olvidando esas caprichosas doctrinas, y el "no debe coexistir" se ha cambiado por el "no poder menos de coexistir".

Veremos más tarde cuándo se presenta o puede presentarse el goce sexual, goce que es tan natural, que puede considerarse como enfermedad o deformación del instinto todo caso de ausencia.

Por lo demás, la consideración que se tiene sobre el placer no es la misma en todos los momentos de la vida. En la época de las primeras experiencias sexuales la consideración del placer es trascendente y no es una consideración puramente intelectual, sino una interpretación intelectual que el individuo se hace subconscientemente obligado por mecanismos cuasi instintivos; las repugnancias morales son atacadas por nosotros en cuanto sean simples prejuicios de un sistema de moral; mas, no obstante, reconocemos la realidad de una moral instintiva que, entre otras cualidades, tiene la de ser en sí, antes de deformarla otras enseñanzas, compatible con todos los instintos.

Pues bien; las modificaciones hechas en la infancia al desarrollo sexual y revelables por el psicoanálisis obligan, en las primeras experiencias sexuales, a una sobrevalorización, unas veces del sentimiento vital y otras del sentimiento moral; de los primeros han de salir los eternos juerguistas, disipadores de sus posibilidades sexuales, en la consecución del placer a toda costa; de los segundos, los remordidos, viven en constante autorreproche y remordimiento que sólo interrumpen para dar salida, de tarde en tarde, a la impulsión sexual; estaba tan reprimida, que su expresión en actos sexuales normales, contra natura, onanistas, etc., lleva una fuerza tan brutal que asusta demoníacamente al sujeto y le obliga a aumentar la intensidad de la represión. En estos sujetos el grado de remordimiento es proporcional al grado de necesidad sexual y al grado de placer posterior y brutalmente sofocado en apariencia al ocultarse tras el arrepentimiento.

Queda aún otro grupo: los que consideran en sus primeras experiencias sexuales estos sentimientos no sé si de una manera ecléctica o panóptica; quizá sea un sentimiento integral del producto por el sentimiento vital y el moral; pero en una unión dirigida hacia una supremacía de lo natural, cosa que es posible gracias a que toman de los instintos sexual y moral las partes más primitivas, que son las más naturales. Estos sujetos desconsideran el placer o la moral en dominación porque ni se oponen al placer ni a la parte instintiva de lo moral, terminan por sentir un placer que no buscaron y su intensidad, en nada disminuída, no choca en el orgasmo con los sentimientos negativos que le inclinan a más consideración moral que la que es natural.

Hemos visto cómo coexisten placer y fin vital por mucho que varíe la consideración que pueda tenerse del primero; ¿pero cuál es el papel del placer en el instinto sexual? El placer es un sentimiento; el impulso sexual, un instinto; la relación de placer e instinto sexual vendrá dada por las relaciones existentes entre los instintos y los sentimientos con-

comitantes. No es momento éste de enumerar todas o muchas de las teorías que explican las acciones instintivas. Para unos los instintos son acciones reflejas complicadas, son reflejos encadenados. Otros ven un fin en esta cadena de reflejo. Otros autores relacionan ese fin con la necesidad sentida por vía refleja. Precisando más, se consideran las uniones de los reflejos que forman los instintos como dotadas, según Stout, de una dirección determinada sin fin determinado. Otros autores aclaran la llegada a ese fin haciendo ver que el hombre o el animal llegan a él mediante situaciones transitorias ("original satisfied and original annoyers").

A nosotros nos interesa terminar esta breve enumeración con la indicación del modo de pensar quienes hacen ver que el animal, en el curso de sus actos instintivos, lo mismo al construir un nido que en el acto sexual, no se deja mover pasivamente; en cada momento de su actividad instintiva percibe un estado sentimental, un sentimiento; el instinto de huída es obligado por el sentimiento de miedo, el de buscar la presa bajo la emoción del hambre. De la misma forma el sentimiento y, a veces, la emoción de placer, dirige la exteriorización de las fuerzas instintivas hacia el fin sexual; el placer es indispensable, pero no es el fin. Cabe, puede decirse, lo instintivo sin el sentimiento de placer; pero la fuerza instintiva sin dirección emocional carece de resultados útiles.

Además, desde luego, el instinto no puede ir nunca en contra de la emoción de placer, esto es, con dolor no existen deseos; todos sabrán que un dolor en cualquier parte del cuerpo suspende el apetito sexual; sobra hablar de la producción de dolor en los genitales; por este procedimiento el egoísmo de muchos hombres se hace responsable de muchas rupturas de relaciones matrimoniales, porque en el coito, lo que menos piensa, es en el placer de su compañera.

De todos modos esto no interesa para nada las relaciones del psiquismo y la buena concepción. Más interesa a la postre la emoción final, el estado satisfactorio final de Mac Dougall, o es sentido como placer de satisfacción o displacer de insatisfacción.

Al hablar de los sentimientos de remordimiento del orgasmo no indicábamos ese estado de displacer sexual; en efecto, los individuos que los sienten gozan del sexo acaso demasiado, y el displacer que se sigue es displacer de insatisfacción moral con que compensan sus autorreproches. Ahora nos referimos al displacer sexual; aquí nada se reprocha. El individuo queda dotado de un instinto con fuerza y dirección normales; pero la experiencia de su coito puede ser tan importante que puede hacer de un hombre robusto, concebido por sus padres eugenésicamente,

si se quiere, una piltrafa del sexo; su insatisfacción "post coitam" deforma y tuerce posteriormente su instinto, llevándole hasta por caminos contranaturales. La satisfacción que llega a no ser placer es el elemento instintivo último, muy importante porque es el fin; también se puede decir de él que no es el más importante porque no es más que el fin.

Bien pueden tomarse las ciencias eugénicas todos los cuidados que se quieran en la concepción de un ser y los cuidados de una buena conducción psicológica, como veremos el próximo día, a lo largo de las edades primeras de la vida; toda esta obra se puede romper en un minuto de insatisfacción sexual, no moral, de la primera experiencia del adolescente.

De todas maneras, hemos observado nosotros, dentro de la normalidad, dos tipos o modos de reaccionar ante el placer en nuestros enfermos neuróticos. Unos, de entre ellos, gozan antes del acto o en sus preludios; los segundos gozan a partir de la satisfacción sexual final, en la tranquilidad que sigue. Gozan los primeros del deseo, los segundos de la tranquilidad con que desaparece. A los primeros les gusta y necesitan de vivir en intranquilidad sexual. Estos intranquilos sexuales que tienen muy cerebralizados sus instintos sexuales no creerán nuestro aserto, pero se convencen, tarde por desgracia, cuando tras de conseguir un matrimonio, el exceso de satisfacción no los hace felices.

Los que viven la intranquilidad sexual y los que huyen de ella tienen otras características psicológicas que contribuyen a diferenciarlos. Tienen los primeros un pensamiento más libre de prejuicios y sujetado sólo por las leyes de la razón, y viven continuamente atentos al mundo exterior. Los segundos, de pensamiento no liberado, dependiente, primitivo, con gran dominio de factores irracionales, instintivos, vivo, en constante relación con su sensibilidad exclusivamente somática.

Toca esta conferencia a su fin y debemos concretar nuestros puntos de vista. Creemos incuestionable un buen estado de salud mental para la consecución de un buen fin del acto sexual, salud mental libre de estigmas heredados o estigmatizaciones adquiridas en la vida por complejos subconscientes. Para conseguir el máximo estado de salud mental eugénica, la actual psicología, ayudada muy principalmente por la psicología freudiana, cambia profundamente los conceptos de placer, de necesidad moral, etc., reduciéndolos todos a lo natural, que es en el único donde lo instintivo y lo moral no chocan entre sí.

Queda una última cuestión: ¿Es lícito buscar el placer sexual sin fines de procreación? ¿Es eugenésica esa licitud? Este placer sexual sin sentido genésico es para unos gula del sexo, pero para otros, en las pri-

meras edades de la vida sexual, es una válvula de seguridad como el *onanismo fisiológico puede decirse desde los doce a los diez y seis años,* aproximadamente.

En la adolescencia consideramos su función de válvula como expresión de inmadurez, más necesaria por su inutilidad genésica, que tiempo tendrá luego para dar sus frutos; lo que habrá que impedir siempre será el *atascamiento en esa fase, sobre todo impidiendo la acción* frenadora o deformadora de una intensa represión sexual. En España vivimos aún en un país de represión, y todo lo que lo sexual no ha perdido todavía de obsceno es porque cae sobre el sexo la baba del hombre. En España se pierde la utilidad de muchas vidas por pasión de placer, mientras en los países centroeuropeos, por ejemplo, donde todos creemos ver una exacerbación del libertinaje, los actos sexuales son provocados por el placer de la pasión que explica la indiferencia y el modo inocente con que hacen cuanto aquí nos escandalizaría.

Por último, para los que no pueden procrear por incapacidad psíquica y por conveniencias sociales, económicas, etc., arrostrando las consecuencias de mi opinión, afirmo desde aquí la absoluta necesidad de expansión de su placer sexual. Si no pueden conseguir el fin supraindividual de aumentar y conservar la especie, "para no morir del todo", en bien de su salud mental y de los fines eugenésicos, se les debe aconsejar las prácticas sexuales que, aun no teniendo más que un fin individual, tienen derecho a utilizarlas como hombres.

II

Hacíamos el otro día, al comentar el problema psicológico del sexo en los progenitores, con vistas a la eugénica, una labor puramente crítica del estado psicológico y de los problemas sexuales de los hombres progenitores de nuestra generación. Hoy, que vamos a referirnos a los problemas análogos en los niños, vamos a hacer una verdadera labor expositiva de referencia de las doctrinas psicoanalíticas. El pasado día debió ser puramente crítica nuestra labor, pues nos encontrábamos ante una situación irremediable, ante el adulto, cuyo cuerpo, cuya psique y cuyo sexo han crecido al azar, y pretendíamos, con algunas especulaciones sobre los importantes conceptos de necesidad, placer, moral, resolver sus dudas de conducta, conscientes ante esos problemas en pro de normas eugénicas. Hoy, todo al contrario, nos encontramos con la vida de un recién nacido, en el que queremos plasmar nuestros actuales pensamientos de adquisición psicoanalítica, juzgando que de esta manera, al llegar a tomar parte activa en la función sexual, no pesen sobre él tantas dificultades de desenvolvimiento sexual ni deformaciones ninguna de la noble parte de los instintos.

El psicoanálisis y su práctica, hoy por hoy, no puede hacerse de forma global; sería, en realidad, necesario poder psicoanalizar a las multitudes y poder resolver terapéuticamente las neurosis colectivas de las generaciones actuales. Para las generaciones que acaban de venir tampoco puede hacerse esto, pero, por lo menos, podemos aprovechar en ellas las enseñanzas higiénicas deducidas de las ideas psicoanalíticas.

En el día último tratábamos de ideas que pueden resultar remedios por su simple consideración y reflexión; cada uno de los que me escucharon pudo sentir en sí la mayor o menor realidad de cuanto decíamos. Buscábamos una simple persuasión; algunas veces se consiguen con ella grandes resultados, pero otras veces no basta; las ideas imbuídas encuentran fuertes resistencias que se oponen a que se filtren a través de las capas del subconsciente. Si, por ejemplo, quien oyese nuestros comentarios del pasado día pudo quedar muy convencido de cuanto dijimos del modo de considerar el sentimiento de placer, pudo quedar convencido hasta la evidencia en un sentido lógico; pero la evidencia lógica no es razón psicológica y tras ese gran convencimiento en la primera relación sexual sentir dañinos reproches por el placer gozado.

Este núcleo de nuestra alma que se resiste de tal modo a la persuasión y que es impermeable hasta para las ideas evidentes, es la personalidad sexual anterior, que se ha ido formando lentamente en el transcurso de los años del sujeto. De su estructura viciosa o defectuosa nada podemos remediar más que por procedimientos psicoanalíticos; pero en bien de la higiene sexual vamos a adelantarnos un poco en la historia del sexo del individuo para prever en lo posible esas viciosas formaciones.

A juzgar por las apariencias, se diría que una mujer o un hombre no son tales hasta que en ellos sobrevienen las modificaciones corporales de la pubertad, los cambios de voz, aparición de la barba, crecimiento de los senos, presentación del menstruo, etc... Lo que en estos momentos pasa es simplemente una profunda modificación somática por aparecer roto el antiguo equilibrio hormonal y resulta un nuevo equilibrio de las fuerzas endocrinas con integración de las glándulas genitales correspondientes que terminan de llegar a su completo desarrollo. Psíquicamente, ¿qué ocurre? Se dirá que aparece el instinto sexual, algo así como si se generase espontáneamente o como si las secreciones tes-

ticular u ovárica aportasen la energía sexual correspondiente. No hay nada de esto; ningún instinto aparece de nuevo; ninguna fuerza nueva viene a conmover el cuerpo del púber. Es el impulso vital, de fondo instintivo, heredado, que permanece latente en la primera parte de su existencia hasta que las secreciones genitales, constituídas en su primer momento, excitan al instinto en una dirección sexual. La madurez sexual con base somática aparece entonces; el instinto sexual, que es la forma sexual, en dirección del instinto integral del ser vivo nació el mismo día que el sujeto, y desde entonces hasta la pubertad ha llevado una vida, no por oculta, menos interesante; antes de nacer un tronco de la planta se prepara su vida bajo la tierra, y la dirección posterior de él con más o menos geotropismo negativo, su altura, consistencia, etc., etc., son cualidades que quedaron determinadas en las funciones del oculto impulso de la especie vegetal que ya existía en la semilla. Al engarzarse en la pubertad con unos tejidos genitales, un impulso instintivo en dirección al sexo, la dirección de esa unión vendría dada por las modificaciones sufridas por el impulso en la oscuridad de la conciencia.

Todas estas divagaciones son necesarias para no recibir las ideas psicoanalíticas sobre la evolución del sexo con el asco o risa con que los ven los no iniciados en estas cuestiones. El que un niño lactante tenga instinto sexual ha hecho reír a muchas personas serias; el que uno pueda estar enamorado de su madre es pensado como un disparate que nunca perdonarán al psicoanálisis graves personas. Culpa es todo esto de que en las explicaciones hechas sobre este particular, la explicación fué demasiado objetiva y concreta, su terminología grosera y sus resultados funestos para el psicoanálisis. En nada quita cuanto decimos nuestra opinión sobre la escuela de Viena y su método que, en parte, tan sólo exponemos en nuestra "Psicopatología de las neurosis".

Pasemos ahora a hacer una breve exposición de las ideas sobre la evolución sexual, dadas por la escuela psicoanalítica. El instinto sexual existe en el individuo desde el primer momento de su vida; ya, dentro del útero materno, va en él todo el germen del impulso, que es sensible hasta para el traumatismo del parto. De todas maneras, después de él, evoluciona, pasando por diferentes fases.

Las primeras de éstas se caracterizan por el distinto objeto a que se dirige el impulso, por la distinta zona del cuerpo que se estimula, zonas erógenas combatibles en su evolución; también tiene como característica el fin que persigue. En los primeros momentos el impulso se ocupa en fines digestivos; estos fines son individuales, por lo que se llama a esta

parte fase individual del instinto sexual. Durante ellas las zonas erógenas pasan desde la zona labial o dentaria, y posteriormente anal.

El objeto erótico es al principio el pecho de la madre en la fase oral; luego las deposiciones en la fase anal.

La fase oral tiene un final que no dudaremos en llamar trágico para el infante que lo padece y que para el hombre que de él vaya a venir es de una gran trascendencia. El infante vive su instinto individual de tipo digestivo y, de repente, sus padres prohiben esa expansión de su impulso instintivamente necesario; en otros casos es un hermano menor quien, recién nacido, quita al otro el objeto erótico. Podrá no creerse en la realidad psicoanalítica de este acontecimiento; quien tal niegue no podrá dejar de afirmar que en el alma de un niño en destete pasan muchas cosas raras que preocupan a los padres y que de todo esto no se puede dar ninguna explicación como la psicoanalítica. Con el destete, los instintos individuales se oponen a los sociales, que entran a actuar en la vida del niño. Este, que hizo aceptación de pruebas en el momento del nacimiento, acepta ahora la realidad del destete; el cómo es lo más interesante. Normalmente la extensión del sistema consciente debe ensancharse para abarcar conciencia de las necesidades instintivas, individuales y sociales.

Los instintos sociales recurren, en otros casos, a una especie de justicia de Talión, con identificación de agresor y víctima; en consecuencia de esto, el instinto puede tomar dos caminos: o tiende a un autocastigo o hacia el masoquismo.

En el masoquismo, por ejemplo, el castigo libera completamente la angustia del enfermo, que experimenta una suficiente satisfacción del desengaño sentido mediante las consiguientes consideraciones en que él representa unas veces los papeles de víctima desconsiderada por ese rebajamiento o despreciada, y otras veces la víctima gloriosa de una gloria no reconocida por nadie más que por él, que la siente tan cierta que el momento de sentirla le produce el goce sexual más intenso, y digo sexual, porque mediante este mecanismo la angustia ha quedado erotizada.

En otros casos el enfermo consigue someterse a las obligaciones sociales como camino no incómodo del todo.

Por último, hay otros en que, al perder el pecho materno como objeto real, se verifica un fenómeno de compensación que hace soportable la situación a los instintos infantiles. Me refiero al caso en que el infante se identifica con el objeto querido y perdido, encontrando una satisfacción tan grande como el de la tendencia masoquista al identifi-

carse con el objeto odiado. El caso que nos ocupa ahora da origen a las tendencias narcisistas. Estas nacen en el momento en que el yo toma la forma del objeto perdido y se ofrece a la libido como en la más completa entrega sexual.

Se inicia después un período de calma o de lactancia tras el que aparece, antes de los cuatro o seis años, otro período de gran interés; con éste termina la fase genital pura, aunque al principio sea en órganos no bien diferenciados o, por lo menos, no definitivos. Al comienzo de esta nueva fase se encuentra el individuo resolviendo lo que se llama el complejo de Edipo, en el cual, identificado con uno de sus progenitores, dirige al otro su impulso erótico nacido en las partes que indicábamos. Pongamos, por ejemplo, el caso de un niño del sexo femenino en que le encuentra este período teniendo como objeto sexual a la madre; la zona erógena dominante está en su clítoris; posteriormente el impulso se dirige al progenitor del sexo contrario cuando la zona erógena se traslada del clítoris a la vagina.

En unos casos hay una gran permanencia del impulso, la dirección hacia la madre; otras veces se detiene sólo en la fijación al padre. El paso de uno a otro se produce al reconocer la niña su inferioridad por la falta de pene; sobreviene en ella una especie de deseo de rebelión que puede correr distintas suertes; en unos casos ese deseo es tan grande que consigue (y no consigue otra cosa) oponerse al reconocimiento de toda sexualidad, a la negación de la misma; otras veces, a pesar de las pruebas, se reafirma en la sexualidad que se había reconocido hasta entonces; por último, cabe el caso de que venga a acatar al padre como verdadero objeto amoroso.

Ahora queda el niño en su estado de competencia con el progenitor, opuesto al que se ha identificado. En el caso de un niño puede sentir la pobreza de su papel con relación a su padre, pierde en la competencia y busca refugio en un deseo de protección para su enfermedad o debilidad con que enmascara la fijación de su impulso libidinoso.

De estas maneras vive el niño un complejo estado sentimental que aglutina catatímicamente determinadas representaciones. El complejo, tal se llama esta aglutinación, que en el momento que nos ocupa es el complejo de Edipo, va resolviéndose siempre en un cierto grado de angustia; al romperse la identificación con el progenitor la angustia puede recaer en el caso de los niños sobre el pene, principalmente cuando se trata de un padre fiero y amenazador. Esta angustia, localizada a las representaciones del pene, termina por aglutinar un nuevo complejo: el de castración, del que se ocasionan tantos estados posteriores de timidez, de miedo a la desfloración, de miedo al incesto, sentimientos de inferioridad, estados depresivos e hipocondríacos.

Muchas cosas más pueden ocurrir en estos momentos. Generalmente sobreviene una escisión de la personalidad sexual; ya por entonces el "yo" luchaba con el "no yo" o "ello", como llama la escuela psicoanalítica a la libido sentida, como algo distinto al "yo". En estos casos el progenitor forma un ideal que integró anteriormente la personal volición del niño; desde fuera de éste, constituye otro "yo", el "yo ideal". La terminación de la fase del complejo de Edipo no está aquí de todas maneras, sino en la consecuencia de esta escisión entre el "yo real" y el "ideal", que es la creación de un "überich" como juez fiscalizador de la labor del "yo real" en su afán de aproximarse al "yo ideal". Podemos decir que el "yo real" lo manifiestan las tendencias impulsadas por el "ello". El "yo ideal" es la censura, y el "supra yo" o "überich" es el juez eterno de esta contienda. Puede ser éste a veces tan rigoroso que para burlar su influencia el "yo" cae en la voluntad de enfermedad, como en los casos de identificación materna que antes contábamos, y otras veces nace de esto un sentimiento de culpabilidad como necesaria reacción instintiva.

Conformémonos con el punto de vista general mostrado hasta aquí, que es la parte más interesante del desarrollo psicosexual; luego la separación de los parientes y el camino de la senectud y de la muerte no dejan de sensibilizar al sexo, pero su trascendencia no nos interesa hoy tanto; por ejemplo, los síndromes angustiosos en relación con el instinto de la muerte generados por una intensa represión sexual. Creo que sobrará también advertir que al hablar de las anteriores fases evolutivas se habla del posible modo de acontecer ciertos hechos, de los que no sabemos más que sus efectos; la hipótesis sentada a partir de éstos es una explicación universal para todos los casos similares. De todos estos acontecimientos guardamos un engrama mnémico fácilmente comprobable psicoanalíticamente, si bien no son capaces de surgir espontáneamente en la conciencia, lo que les hace parecer como olvidados o creídos como fantasías de los psicoanalistas.

En la simple exposición que hemos hecho se habrán visto fáciles modos de desviar o detener el instinto. Indiquemos como ejemplos algunos de ellos. Los frotes excesivos o cosquilleamientos en las fases anal u oral entretienen en este punto la evolución del instinto. Si estos tocamientos tienen importancia, más fácilmente habrán de comprender ustedes la que tienen los tocamientos de la fase genital cuando la zona erógena no es todavía lo que ha de ser en definitiva.

Todas las excitaciones de la esfera sexual sobrevenidas en un momento de evolución deficiente del sexo, ocasionan en un organismo un eco de sensación muy diferente de la que habría de corresponder en un momento del desarollo sexual definitivo; una simple experiencia sexual de este tipo desvía el cauce de la impulsión sexual definitiva. En este sentido accionan la visión del coito de los padres que no reparan en que los hijos puedan verles o que no tienen inconveniente en efectuarlo en la misma habitación donde duerme el niño, ya que no tiene más que cuatro años, por ejemplo. En el mismo sentido en nuestra experiencia y en la de todos está el caso de la primera experiencia sexual sentida por excitación peneana hecha por compañeros adultos de un internado o por los profesores célibes.

La lista la multiplicaríamos hasta el infinito.

De todas esas maneras, el inconsciente resulta lesionado, originando las distintas psiconeurosis. La acción patológica va a resultar o por renunciamiento al esfuerzo con las funestas consecuencias para el resto de la vida, o por asociaciones defectuosas de representaciones ligadas catafínicamente y llamadas complejos, o por medio de conflictos del instinto con el super yo. Sigo en este momento las ideas de René Allendy.

Ante estos conflictos se revuelve el instinto buscando distintas salidas que satisfagan su impulso, parcialmente al menos; uno de estos mecanismos es la represión; en la edad infantil el "yo" no domina sus instintos, no sabe ni siquiera sublimarlos de un modo útil a la sociedad y entonces reprime su impulso ante el peligro de dejarse dominar por la impulsión; vuelve las espaldas a éstas como si por esto le negase su existencia. Otro mecanismo es la compensación; ya hemos dado anteriormente ejemplos de este mecanismo, menos simple que la represión, pero que logra los mismos efectos; de las formas más importantes es la que compensa el déficit de satisfacción del impulso por mecanismos simbólicos; en las primeras edades de la vida en que no ha hecho su aparición todavía el pensamiento abstracto, la simbolización es muy frecuente, lo mismo que sucede en los pueblos salvajes primitivos. El impulso en esta forma se satisface en una dirección originada por un simbolismo. En los casos de fetichismo, por ejemplo, ha acontecido siempre una compensación simbólica.

El último mecanismo es el más complejo aquí, por desplazamiento; el impulso proyecta sus apetencias sobre objetos o personas sin ninguna unión simbólica; unas veces por simple proyección (hacia afuera), en algo o alguien que está unido con el impulso en el mismo complejo formado. Otras veces es mediante una introyección análogamente producida; en algunas otras los sentimientos cambian de persona sobre la que se proyecta por transferencia. En fin, en último caso, puede acontecer un desplazamiento llamado por sublimación, en el que se renuncia al objeto amado, pero por proyección del impulso a otras actividades sublimadas dotadas casi siempre de gran utilidad social. Mientras que estos mecanismos subsisten perfectamente compensados, logran el efecto para el que han sido subconscientemente formados; pero en distintos momentos de la vida falla esta descompensación y sobreviene la neurosis, que puede encontrar única satisfacción en la agregación de un rasgo neurótico del carácter.

De esta manera, caen en la enfermedad muchísimos individuos, y todos ellos forman su psiquismo con arreglo a determinados tipos. Recientemente, Freud ha diferenciado muy claramente tres de ellos. En el tipo erótico hay gran cantidad de energía impulsiva hacia la vida amorosa; necesitan, sobre todo, ser amados constantemente, para ellos más interesante que la actitud activa de amor; toda la vida está dedicada en el sentido erótico, ya que a los impulsos mal diferenciados del Ello están supeditadas las restantes actitudes psíquicas. En el tipo obsesivo predomina, por el contrario, las instancias del supra Yo, de donde nace su miedo a las funciones de la conciencia; todo lo libres que son de los impulsos, aparentemente, son en realidad de sus íntimas funciones representativas; con estas condiciones se prepara el terreno obsesivo. En el tercer tipo o narcisista no hay, como dice Freud, lucha entre el "Supra Yo" y el "Yo real". Su principal o casi única preocupación es referida a las actividades de la propia conservación: la esfera sexual de las actividades impulsivas está muy olvidada; si acaso, prefiere amar a ser amado, y mantiene una expansividad agresiva que le dispone a gran actividad social.

Lo tratado hasta aquí nos permite plantear definitivamente el problema sexual, reconocido psicoanalíticamente en una dirección de utilidad social y desde luego eugénica. El niño hasta ahora crece somáticamente ante las atentas pesadas y tallas con que los padres vigilan su desarrollo; con todo y ser muy interesante la evolución del perímetro torácico y aun la misma evolución de las glándulas testiculares frecuentemente observadas en los futuros varones, ¿qué vigilancia se tiene sobre el desarrollo sexual del niño? No hay que decir más que en la misma pubertad queda abandonado a sus propias inquietudes; a las influencias de compañeros de colegio más avanzados y degenerados sexualmente que él, o a la vigilancia de un profesor que compensa su celibato en la pederastia. Dicho esto, sobra añadir que en la fase pregenital el niño

está sometido a las influencias de doncellas o amas, malas unas veces por su rústica ignorancia como por sus viciosas costumbres de la urbe. Posteriormente, el niño, en su fase incestuosa genital, recibe solamente la educación de tipo castigador de sus padres, o es espectador de sus relaciones sexuales o de sus riñas y rencores. Lo que del sexo del niño salga, bueno o malo, la única madre es la Casualidad.

Que no se diga en nombre de las ideas naturistas e hiperpsicoanalíticas que hay que remedar alrededor del niño una atmósfera de naturaleza con una vuelta hacia lo natural. Aquella época feliz para la especie humana y su arcádica tranquilidad han sido perdidas para siempre, y en el crecimiento de los actuales niños, futuros progenitores, no hay nada de lo natural y primitivo más que su instinto. Por una dromoterapia psíquica, que finja a su alrededor una vida natural, se conseguirá tampoco como por tratar de engarzarles prematuramente a las normas morales de la civilización actual. ¡Qué pena da contemplar a un niño de tres años con una formalidad de cuarenta años! y los padres tan contentos por creer asegurada la seriedad futura de su pequeño vástago. La verdadera conducción está en la activa adaptación paterna de los instintos de sus hijos a las necesidades de la civilización, paso a paso, en el terreno moral, sin enseñarles desde el principio la conducta de los veinte años; en el religioso, no empezar por dogmas que en la misma edad adulta habrán de serle indescifrables; en el terreno sexual, menos ignorancia cultivada y menos cultivo de la hipocresía. El hombre actual crece entre el máximo de complicaciones, entre las que trae y las que se le administran. De la defectuosa solución que dan a todas ellas, salen esa turba de inútiles neurósicos, inútiles socialmente, en proporción a lo que podrían hacer; inútiles sexualmente por sus impotencias sexuales o porque sus neurosis o sus defectuosos desarrollos del sexo les llevan a perversiones, a derroches de su fuerza erótica, donde no encuentran más que el desengaño amoroso, la rutina prostibularia o la enfermedad sexual. Queda aún por hacer todo lo correspondiente al tratamiento psicoterápico previo de las enfermedades sexuales, aunque lo mismo podríamos decir del patológico miedo excesivo a las mismas.

En resumen, que si es cierto que Dios dijese al hombre lo de "ganarás el pan con el sudor de tu frente", refiriéndose al trabajo, olvidó decirle lo que el hombre hasta hoy ha tenido que hacer: ganarás tu Yo con el sudor de ti mismo.

III

Vamos a desarrollar hoy el tema de "Hacia una moral sexual postpsicoanalítica", con el que damos por terminado este fugaz cursillo, que casi termina en el momento de oírse su primera palabra. Esta brevedad nada resta de nuestra intención. La pretensión nuestra no fué dar a conocer una obra de magnífica extensión, sino sembrar una inquietud, simplemente, de gran duración. Quienes se consideraron necesitados de acudir a nuestras conferencias, eran dueños ya, indudablemente, de esa tensión de avidez captativa propia de la mente inquieta, y jamás podré creer yo mis verdades tan exactas como para cambiar por éstas la anterior inquietud de ustedes sobre la materia que desarrollamos. Nada más sano y fructífero para un espíritu que la intranquilidad que él mismo se crea en el deseo de conocer el cosmos multiforme que presiente alrededor. Para estos espíritus, y creo que en ellos están ustedes, cada verdad que engarcemos a su duda anterior habrá de ir seguida de una nueva duda. No nos interesa el nirvana en que toda duda se extingue; nos interesa más perdernos en el clásico mar de infinitas dubitaciones, porque, como decía Jesús de Galilea, "para encontrarse hay que perderse". No pienso ni puedo darles lecciones de moral, sino solamente iniciar entre nosotros un sentido psicoanalítico de las actuales inquietudes morales de nuestra generación; la moral hasta hoy en uso no resiste los embates de la verdad psíquica adquirida por las investigaciones psicoanalíticas; la moral antigua jugaba a ojos ciegas con el destino de los hombres con un pañuelo tejido de dogmas y de ignorancias de muchas clases; el pañuelo empapado del agua de la Ciencia deja traslucir la verdad de los orígenes de lo psíquico. Nadie podrá oponerse a la influencia de estas nuevas corrientes renovadoras; como todas cuantas han ido viniendo en lo largo de la evolución del alma en la especie humana, fueron recogidas, al principio, solamente por las sensibles miradas de los hombres guías que dirigen el camino de la multitud; ésta lo aceptará sin discusión. Para convencerse, necesita tiempo.

Pero, a todo esto, la moral, ¿no es inmutable? Así afirman quienes duermen desde hace siglos a la sombra tranquila de una verdad perenne. Para nosotros, el sol camina constantemente, y la sombra va cambiando de lugar progresivamente. La moral no es la misma en las distintas edades; tampoco es diferente; en cada edad pasa por una fase que prepara

la siguiente. En sus orígenes, siempre es la misma; ya hemos indicado estos días que para nosotros "lo moral", como hecho *psíquico, reconoce* unas raíces instintivas iguales a las que sirven al sexo para beber la savia de "lo impulsivo"; pero el ambiente en que el instinto moral busca satisfacción está en constante mutación, y el instinto no existe; tan sólo, por existir, de acuerdo con su origen, sino para satisfacerse según su ambiente. Y este ambiente, ¡cuánto no puede llegar a cambiar!; toda la diferencia que parece existir entre la moral de los primitivos polinésicos y la de los países medievales europeos o entre éstos y el pensamiento sexual de la actualidad entre los desnudistas checoeslovacos, ¿no da pie para pensar que la moral es totalmente diferente?; tal es su cambio de faz; pero ¡quién reconocería al gusano en la crisálida, al sapo en la rana, al hombre de las cavernas en el hombre de la televisión y del aeroplano! Nada más claro para comprender las mutaciones evolutivas del aspecto del instinto moral que comparando a éste con los estilos arquitectónicos de cada época. En arquitectura, los estilos no se inventan, *como tampoco los modos morales; los estilos, como éstos,* sólo cambian con las épocas, y ese cambio es natural en la evolución como es antinatural el que se piensen construir *los templos siempre en estilo gótico.* Cada época vive un peculiar sentimiento colectivo y goza de un nuevo adelanto técnico; la ojiva y la fe son la síntesis de la Edad Media; la línea recta y la razón, cemento y "confort", son la esencia de los tiempos modernos. Nada tiene de particular, pues, que si hace quinientos años la fe elevaba hacia el cielo sus construcciones sosteniendo sus arcos, como en Notre Dame de París sobre gárgolas con caras de supersticiones y embrujamientos, ahora en nuestro siglo xx se pretenda una moral en que entre la plena luz por los grandes ventanales desgarrados por la razón; todo luz y simplicidad, sin embrujados retorcimientos, se levantan nuestros rascacielos, que logran una altura apoyados en la tierra humana, como antes sólo consiguieran los castillos en el aire.

Por todo esto queremos recalcar en esta conversación la importancia de nuestro tema; además, por otra razón aún. Las ideas psicoanalíticas han padecido un "mal entendu"; se las tomó por la esperada liberación *total de los instintos.* Decir psicoanálisis hoy, todavía es algo como predicar el caos sexual. ¿Indica este estado algo de liberación del sexo del *hombre, o más bien el estado de brutal represión en que se encontraba* la colectividad prepsicoanalítica de fines del pasado siglo? El psicoanálisis no libera el sexo del *maremágnum de prejuicios anacrónicos* en que lo encontró ahogado y deformado, para procurarle una satisfacción anárquica; lo quiere libre de prejuicios, sólo sujetado a la *naturaleza* de lo

instintivo que es la máxima realidad psíquica, por lazos de unión, tan instintivos también que nunca serán *riendas tirantes y deformadoras.*

* * *

Existe el instinto sexual, existe el instinto amoral, existe una total y absoluta correspondencia entre uno y otro; sólo en lo superficial del alma parece haber incompatibilidades nunca esenciales. Estas incompatibilidades se presentan en forma de lo que hemos dado en llamar el problema sexual. Este existe en todos los hombres, hoy por hoy; en unos es de más magnitud que en otros; unos lo tienen, pero lo desconocen; otros conocen lo poco que tienen de él y viven en una postura ideal. Podemos dividir en distintos grupos a los hombres, según su modo de sentir el problema moral sexual; aparte de los que viven en una quietud espiritual que sólo existe, como dice Jaspers, en los pobres de espíritu. Hay un primer grupo, el de los que se rigen, trampeando más o menos, por normas aprendidas sin ninguna inquietud; un segundo grupo de los que se sienten disconformes con algunas de ellas, que modifican, con arreglo a su entender, más o menos lealmente. En grupo aparte debemos colocar a los individuos que perdieron las normas aprendidas en la infancia en los momentos tempestuosos de la *adolescencia; unas veces por* exceso de impulso, otras por la labilidad del edificio ideológico prestado *en su niñez por profesores superficiales.* De una u otra forma, habrán de correr por la vida en constante ansia de una norma nueva, que sólo llegan *a encontrar (!) en* el momento del climaterio espiritual, cuando el crepúsculo del instinto les vuelve a la tranquilidad sexual de sus años *infantiles;* en ellos se ve, de vez en cuando, la arribada a ciertos oasis de inteligencia, en que ésta depara argumentos que, más que rectores de sus instintos, son disculpadores de su impulsividad.

Terminemos, en fin, por señalar la presencia de un último grupo, los que no precisan la consecución de un determinado sistema de moral, porque pueden sentir tácitamente el sentido de todas las normas sin llegar individualmente a una formal declaración explícita.

Fácilmente se comprenderá que en los individuos de estos distintos grupos el problema sexual, en su aspecto moral sobre todo, no es sentido igualmente; en consecuencia, a tal diferencia, la resolución individual ha de estar matizada de las peculiares diferenciaciones características de cada grupo; mas no por esto la esencia del problema cambia lo más mínimo. Si la intensidad con que el problema es sentido por el individuo difiere de unos a otros, *no nos olvidemos que la inquietud por es-*

tos problemas crece en proporción con la complejidad de la civilización, siempre en aumento, con la mayor sinceridad que las almas buscan en cada siglo, con la mayor y más perfecta estructuracón de cada personalidad y que, por tanto, cuanto más avancemos en civilización, en sinceridad o en cultura, más será preciso interesarse en resolver estos problemas y mayor número serán cada vez los individuos que nos demanden una solución. Con todos y para todos es preciso empezar a construir una nueva norma de moral.

¿Qué condiciones ha de requerir este sistema moral por el que abogamos? Las mismas y precisas que asisten tácitamente en las conciencias sometidas a la rigidez de una moral individual, al parecer, no formulada; las mismas que existen también en la parte más sana y natural de las conciencias morales de los grupos intermedios que antes reseñábamos. Citemos algunas de estas condiciones que nosotros juzgamos más interesantes.

La primera la de ser el hombre mismo su punto de origen; la idea de lo moral, como idea, no como instinto, debe nacer en el hombre de modo parecido al que nació la idea de Dios. La idea de lo moral es, en el hombre, la formulación exterior de una necesidad instintiva que el hombre primitivo no supo dejar únicamente en sí, sino que lo hizo trascender al reflejarlo en su ambiente; de este modo, la expresión de su íntima necesidad moral nació en la conciencia primitiva en forma de obligaciones externas ante su juez, especie de "supra yo", que llevaba, sin saberlo, dentro de su yo íntimo. Dejamos a un lado la discusión sobre los orígenes psicológicos de las llamadas verdades reveladas por creer, como Young, cuando dice que la moral no necesitó bajar del Sinaí, sino que esperaba ser descubierta dentro del alma humana. Es contrario a las modernas corrientes del pensamiento psicológico hablar de que nazca un sistema moral en Dios mismo, que es una idea para volverse contra el hombre que lo formó, que formó a ambos por necesidades y posibilidades de estratos contiguos de su psiche.

Cuanta desconfianza pueda otorgarse a una moral que reconozca esos orígenes humanos nacerá de la idea preconcebida y tan extendida de pensar que el hombre es malo por naturaleza; son los que no conciben al hombre sometido a otros preceptos éticos que los impuestos desde fuera. Puede considerarse esta opinión como anacrónica y propia de la ignorancia de quienes desconocen la labor del pensamiento humano desde los días de Rousseau hasta los momentos actuales. Si el destino ético del hombre se salva (en sentido de su fin, como indicaremos más tarde) es a pesar del desencanto constante que la moral prohibicionista

le proporciona en todo momento. Que piensen sinceramente sobre este punto cuantos lograron sacar un poco utilizables todavía las normas morales impuestas en la infancia a lo largo de los años de onanismo, tras muchas oscilaciones, entre el popular pecar, arrepentirse y luego vuelta a pecar. Lo más digno de cuanto les ha quedado es su insatisfacción, bien entendido que nos referimos con ella no sólo a ideas de propia infraconsideración nacidas al contemplar el fallo de la norma aprendida, sino a la insatisfacción por esta norma en el momento en que el impulso se siente mgnífico en su despotismo y la parte del instinto moral se siente fresca y liberada en su parte más sana, en el preciso momento en que la norma añadida ha llevado el más fuerte descalabro. En los momentos de más intensa crisis para la moral prohibicionista y negativa, la otra moral surge desnuda de prejuicios, más avasalladora que nunca.

En esta misma fuerza encuentra explicación el que aun siendo una moral puramente humana por su origen, pueda hacerse tan grande que consiga ser superior al hombre. Como en la idea de Dios el hombre da a luz algo que es más que él, la colectividad humana resuelve de este modo un problema análogo al que la psiche individual cuando siente la necesidad del supra yo. La moral que reúna estas dos condiciones de nacimiento humano y de superación evolutiva por encima del origen en que se formó, estará muy lejos de la moral puntillosa y de grandes limitaciones que hasta hace poco se ha padecido y que disfrazaba su falta de finalidad con fantasías del máximo egoismo idealizado.

Una tercera condición es la de ser conforme con la naturaleza originaria y, por tanto, capaz de captar toda fuerza vital existente en el hombre, llevándole a una máxima productividad de acción útil para sí y para la sociedad. En esta forma, el sentido de cada moral individual supera su propia existencia; es la cuarta condición, por la que esos sentidos morales individuales son orientados conjuntamente a fines sociales de común solidaridad.

Indiquemos como última condición su carácter de positividad mencionado antes como inciso; no será ni prohibicionista ni antinatural, ni basada en represiones ni sublimaciones.

Una moral que castiga es una moral limitadora, y la moral no tiene atribuciones para lo uno ni para lo otro; su papel es sólo el de conductor, como conduce el camino trazado hasta el final de la ruta, con el mismo cariño que el lazarillo dirige al ciego con quien está identificado en penas y esperanzas. Moral, sinónimo de camino, puede ser ancha o estrecha como la clásica manga de la conciencia moral. Los indios, por ejemplo, reconocen dos magnitudes en la anchura del camino; en la marcha hacia

la perfección se puede elegir entre el camino ancho o el estrecho; pero, en fin de cuentas, la norma moral debe ser entendida sólo como dirección de un camino.

Permítasenos que, llegados a este punto de nuestra conferencia, demos por terminada su primera parte crítica, para entrar en una parte construtiva; de ésta no haremos más que colocar el primer peldaño; con esto queremos diferenciarnos de tantos espíritus derrotistas, que si no creen en la moral en uso, tampoco creen en la bondad de otras ideas o cosas; al terminar de oírlos no creemos ni en su derrotismo, satisfacción reaccional de inconfesadas inferioridades; y no ponemos más que la primera piedra, porque sospechamos que el edificio en construcción es de tan amplias dimensiones que hace obligado esperar el concurso de todos.

Necesitamos en este momento ayudarnos de las ideas del gran psicopedagogo alemán Spranger, que hace unas horas se ha sentido obligado a renunciar a su cátedra gloriosa. Su psicología comprensiva indica, a nuestro juicio, el sentido más humano de caminar hacia el propósito que deseamos.

Su método está basado en la comprensión psicológica tal como él la entiende, esto es, aprehendiendo el sentido de los complejos psíquicos que son tomados objetivamente como válidos. Esta definición queda repleta de la significación que quiere darle su autor, añadiendo que sentido es "la precisa dirección en que un hecho psíquico va a relacionarse a un conjunto de valor".

Si queremos comprender un hecho psicológico habremos de averiguar su sentido, su relación con ese conjunto de valor en el que vierte su intención y justifica su finalidad. Al comprender de esta forma, desnudamos el sentido de una relación psíquica que tenía realidad independiente de nuestra investigación. Nosotros dejamos a un lado hoy todo el valor analítico psíquico que encierra este modo de pensar, así como su utilidad psicopedagógica; con la existencia real del sentido de los complejos psíquicos es suficiente para el fin que deseamos.

Si el psicoanálisis busca el origen de los hechos psíquicos por este método, buscamos su finalidad; no podemos desechar las explicaciones subconscientes de los orígenes, porque también los fines se nos escapan a regiones alejadas de la conciencia, con una diferencia: que, para hacerlos volver a ésta para convertirlos en objeto de conocimiento, no es preciso utilizar métodos peligrosos como los puramente psicoanalíticos, repletos de fantasías incontrolables, sino que basta la misma comprensión, método más asequible a las instancias más intelectuales de la psiche que investiga.

Spranger intenta siempre diferenciar el significado que da a su "comprensión", muy distinto de la simple intuición con que muchos creen comprender el alma ajena; a otros les basta sentir una armonía espiritual con la persona que examinan, una amistad o una simple reviviscencia en sí de los fenómenos psíquicos que suponen en el prójimo.

Un complejo psíquico no sólo entabla relaciones interesantes en las oscuridades de su nacimiento, sino que se forma por aglutinación de partes que se asocian en su finalidad; hacia ésta, hacia la formación de un conjunto de valor tienden sus partes como las palabras que forman una frase tienden a darle un sentido, sentido que no se encuentra escrito en ninguna de sus palabras; de esta manera, un conjunto de vivencias da formación a un conjunto de valor, a un complejo trascendente de valor que nunca ha sido sentido como vivencia, por lo que no se vive como consciente.

De esta forma estructurados los complejos psíquicos hasta salir del campo de la conciencia individual, son más fáciles de conocer en sus relaciones por quien los "comprende" desde fuera que por quien los vive desde dentro. Nadie conoce la infancia mejor que el que ya no es niño, y no, como dicen nuestros mayores, que sólo comparan las imperfecciones de la pasada edad con las aparentes perfecciones de la vida actual, sino porque se puede psicológicamente comprender desde lejos el sentido de la vida psíquica de la infancia. Un recién nacido, si no tiene vivencias, no puede comprender cómo en sus movimientos impulsivos hay un sentido de utilidad individual, ya que algunos años después, cuando burla los cuidados de sus guardianes para hartarse de golosinas, ignora el sentido de sus apetencias para estos alimentos, que tan necesarios le son en aquella edad. Pues bien: de la misma manera, acciones vividas en la conciencia en el más puro terreno psicológico existen en cuanto están estructuradas en un sentido de un complejo de valor dentro de las estructuras individuales; pero por encima de éstas encuentran explicación otros hechos que trascienden de la esfera individual para buscar un sentido más amplio, captable tan sólo por una perspicaz comprensión de acuerdo con las normas que deben seguirse en la captación de esas relaciones comprensivas. Muchas de esas necesidades de la naturaleza, con las que pretendemos explicarnos muchas de nuestras acciones, merecen ser llamadas por Spranger poesía metafísica, pues la conciencia de esas relaciones sólo puede surgir mediante rigurosos métodos de ciencia.

Por último, todos estos valores supraindividuales tienden a estructu-

rarse hacia complejos de un sentido espiritual objetivo del mundo histórico y social. "Donde todas estas distintas direcciones de sentido coinciden en la unidad de la vida espiritual se encuentran los valores ético-religiosos; los valores religiosos expresando el sentido supremo del Universo y los éticos expresando el sentido supremo de la vida personal", según nos dice Spranger.

* * *

Aquí hemos puesto ya nuestro grano de arena hacia una nueva moral sexual, la primera piedra del vasto edificio de nueva planta que es obligado dedicarle. Fácilmente se puede dar una síntesis que condense nuestras ideas hasta aquí expuestas. Como el tiempo apremia y no he de fatigar la atención de ustedes, digamos en tres puntos las normas directrices que juzgamos deben ser tenidas en cuenta en adelante.

1.° El deseo moral es una fuerza instintiva de raíces tan hondas como el impulso sexual. Su procedencia y naturaleza justifican las exigencias tanto del instinto sexual como sus manifestaciones en el aspecto moral.

2.° Las nuevas normas morales deben ser inspiradas con la sujeción a determinadas condiciones: las ya expuestas; pero ninguna de éstas atentará contra lo esencial del impulso en su manifestación moral, sino que son las garantías de la inviolabilidad de su naturaleza.

3.° El deseo moral tiene y exige siempre un fin. Un fin individual como el sexo, pero también, como éste, el fin individual está estructurado hacia una finalidad supraindividual que lo incorpora al supremo sentido cósmico.

Emprendamos nuestra tarea con estos tres puntos para alegrar un poco a la Humanidad, que está triste de agobios dogmáticos y religiosos. El hombre no es tan malo como para pensar, como Dostoyewski, que es preferible el mal té que la Humanidad.

Seamos optimistas en nuestra labor, para que llegue pronto un día en que lo bueno y lo malo sean conceptos olvidados por nuestras conciencias, por regir éstas; entonces, un ser que expansione en sus actividades las divinas fuentes de los impulsos en un total y rígido equilibrio del sexo y del sentido moral.

Aquel día el alma de la colectividad humana habrá dado un paso más hacia su perfección, digamos: a su deificación, ya que lentamente desde su primer día, lo que de la idea de Dios debemos creer se está realizando en el hombre.